

Preludio etnográfico

MANHATTAN BOOK SHOPPING

Aterrizo en Nueva York empapado de cine, como cualquiera, atraído por ese imán de la pantalla brillante en una sala a oscuras...¹

Con la guía Lonely Planet en ristre, enfilo la calle 47 hacia el Oeste, desde la Avenida Lexington, buscando una tienda de libros de nombre Gotham Books. La librería ya no existía. La famosa librería «rebosante de ejemplares desde 1920»², según decía mi desactualizada guía de viajes, había sido engullida por el mercado glocal de diamantes. Tres años son trescientos en esta ciudad de ciudades. Por más que busqué sólo vi comercios de diamantes al por mayor.

Más o menos a la altura de la sala de conciertos Radio City Music Hall giro y tomo la Sexta Avenida en dirección norte. Enseguida me cambio a la Quinta y voy derecho para arriba hasta Central Park. Abreviando el largo paseo, muy-muy largo, sin coger metro ni autobús: garbeo por los senderos del parque hasta llegar a la altura de la calle 96, lado oeste, allí cojo la Avenida Amsterdam hasta la calle 112, donde está la Universidad de Columbia. Recorro el mini campus de esta famosa universidad con toda la prisa que me había negado a mí mismo desde que llegué a esta ciudad. Y ello porque me espanta lo que veo.

En la puerta de un par de edificios leo anuncios solicitando profesores ayudantes para plazas vacantes que, según me han dicho, son imposibles de cubrir en su totalidad porque ya no es posible vivir dignamente (por ejemplo, sin pelarse de frío en el invierno) en Manhattan con el sueldo pelado que paga la Columbia a sus *freshmen*. En otra entrada, un cartel anuncia sobre una puerta acristalada una especie de conferencia, seminario o reunión de trabajo para tratar del tema “Sexiliados” (*sexiled*). Este término, por lo que parece vernáculo del mundo de las residencias universitarias americanas, se refiere a los compañeros de habitación que tienen que dormir en el pasillo cuando su *roommate* quiere tirarse a otro animalillo universitario. Así que, pienso, ésta era la

absurda realidad de la ficción de *Soy Charlotte Simmons*, la novela de Tom Wolfe. Me viene a la memoria lo que decía un viejo profe sefardita de California sobre la gran universidad privada americana: vender perlas falsas a los cerdos, devaluados títulos prestigiosos para asiáticos, latinos y algún que otro vasco o catalán despistado.

He parado en el Starbucks Cafe que hay frente a la fachada oeste de la Uni para repostar y camino ahora de regreso en dirección sur por otra avenida, que tal vez sea la Décima o siquiera la Octava. El caso es que desemboca en Broadway. La Gran Vía de NYC, larguísimo paseo, va cortando por entre las avenidas en dirección sureste, hacia el *downtown*. A la altura de la calle ochenta y pico entro en una tienda de parafernalia hebrea a curiosear. El local está recargadísimo de objetos litúrgicos y la estética es bastante *kitsch*. Por fortuna también tiene muchos libros aunque arriba de estanterías muy altas, de modo que la mayor parte no son accesibles sin escalera. No veo ninguno que me tire –ojeo brevemente uno que se titula *Fingerprints on the Universe*, pero no acaba de ponerme. Le pregunto a un dependiente que habla a gritos por teléfono con su *mama* si tienen algo sobre los judíos de Toledo. Me dice que no, que como mucho debe haber por ahí perdido (encuéntrelo si vale) algún libro de cuentos y leyendas. Cuentos y leyendas, nada de historias. *Adeu, Cardedeu*. Sigo bajando por Broadway y encuentro, al fin, una sucursal de Barnes & Noble, el emporio comercial que tiene fama de ser la cadena de librerías más grande del mundo. Muy grande es también esta tienda, que exhibe cientos y cientos de obras de auto superación (*self-improvement*) y dieta saludable (*dieting*). Entre las novedades de no ficción que se exponen cerca de la entrada veo el *Freakonomics* de Stephen Levitt, ya en reedición corregida y aumentada, todo un superventas metropolitano. Me llama la atención otro volumen en la parte menos expuesta de este expositor: trata sobre algún tema de actualidad española –en una esquina del fotomontaje de la portada creo ver una ikurriña– y el autor tiene nombre guiri. No llego siquiera a hojearlo. Se me olvida el título al instante.

Acabo en la sección de religiones donde doy con varias obras que me interesan para una investigación en curso.

A lo largo de los años he tenido un par o tres de contactos extravagantes con miembros de la iglesia-tribu mormona de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. El primero fue Brett el Mormón, un chavalote de Utah que se trajo un curso en intercambio la

catedrática de inglés del instituto de Colme. Le tomábamos el pelo con lo de la poligamia: si tenía siete padres, nueve madres y ocho hermanos; Brett el mormón sonreía y decía que no, que no era para tanto. (Luego leí que Brigham Young, el segundo profeta del Israel americano, tuvo veintiuna mujeres y cincuenta y cinco hijos declarados). Otra vez Bouso, el Núñez y yo le dijimos sí, por favor, nos podía traducir las letras del *Born in the USA* de Bruce Springsteen. Tardo algo así como una semana en cumplir con el encargo, pero aun conservo por ahí sus traducciones manuscritas, llenas de tachones, sobre todo la del *I'm on Fire*: «Dime nena, cómo te trata tu papi / ¿te hace las cositas que yo te hago?») Cuando jugaba al fútbol Brett el Mormón no usaba los pies, sólo las daba de cabeza el muy bestia.

Una segunda vez, en un andén de la estación de metro Cuatro Caminos de Madrid, dos de esos misioneros rubicundos con pinta como de gerentes de funeraria y una chapita identificadora en el pecho donde vienen sus *family names* (Cole y Barnard, Hanson y Follet, Cannon y Hinckley) se fijaron en el membrete de la *Society for the Advancement of Socio-Economics* impreso en una carpeta de cartón que me habían dado en un congreso. La sociedad en cuestión les debía ser conocida –hay mucho sociólogo mormón por ahí suelto– porque se lanzaron como posesos hacia mí con sus biblias en la mano justo cuando entraba en el vagón. Les mandé por ahí y se bajaron en Ríos Rosas. De visita en casa de un amigo en Pamplona, Rubén nos sacó una foto al profesor Iranzo y a mí junto al portal de un bloque de pisos sobre el que había clavada una chapita dorada con la inscripción “Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”, que así es como se llaman oficialmente los mormones. En el suelo, frente a la entrada, un cartel anunciador pintado a mano ofrecía “Clases de inglés gratis”. Luego, un año que me salió un trabajito muy chulo en Viena, al pasar frente a la Catedral de San Esteban un domingo me enteré que estaban oficiando una gran misa de difuntos por el Papa Wojtyla que acababa de morir. Y allí estaba el famoso coro del tabernáculo del Templo mormón de Salt Lake City cantando himnos polifónicos para tan magna ocasión. (Recuerdo que el obispo de Viena, al que seguramente el marrón del funeral le cayó inesperadamente con visitas en casa, salía entonces en los periódicos como uno de los principales candidatos a la sucesión papal, por delante de Ratzinger...)

Hace unos meses, finalmente, inmerso ya en una subpesquisa sobre el mormonismo como principal precursor de las religiones ovni, que son uno de los movimientos *cargo*

autóctonos de las sociedades tecnológicas avanzadas (el otro es la ciencia económica), fui una mañana a intentar visitar el templo mormón de Madrid, en el barrio de Moratalaz. El celoso guardián de gesto minimalista que había en una especie de recepción a la entrada del templo me pidió referencias de dos miembros de la congregación para dejarme pasar. Aunque no las tenía le dije que era profesor de sociología a ver si colaba (como sus misioneros habían intentado entrarme una vez por ese flanco...). Pero la conexión *sosia'* no me valió de nada. Sólo gracias a una monjita mormona que pasaba por allí camino de sus tareas litúrgicas e intercedió por mí ante el guardián («Rezaré para que sus investigaciones lleguen a buen puerto, hermano», me dijo la tía), logré llevarme un folleto publicitario con fotos del interior del templo y el número de teléfono anotado con boli de la “misión de Madrid”.

Ahora en el Barnes veo que tienen varios libros sobre el tema que podrían serme útiles para mis trabajillos. Está el clásico de Juanita Brooks (1950) sobre la masacre de Mountain Meadows, una historia que daría para un *western* cojonudo a lo John Ford: el 11 de septiembre de 1857 un grupo de indios *uta* atacó una caravana de blancos que iban hacia California y mató a cien personas; los mormones de Salt Lake City fueron acusados de incitar a los indios a atacar a los gentiles. También tienen un estudio académico obra de un profesor de Oxford, sobre la teología de Joseph Smith, el que se sacó del magín al General Mormón y a su nieto Moroni, que parece muy interesante. Y también muy caro, el jodío. Está la Biblia mormona en dos ediciones, de lujo y de bolsillo. Y está también el que acaba cayendo: *Mormon America. The Power and the Promise* [América mormona. El poder y la promesa], sobre los mormones en general, su historia, actualidad y, muy particularmente su exitoso estilo de gestión empresarial. Me lo pillo y cierro la sesión por hoy.

* * *

En mi segundo día de libranza, pillo por Park Avenue hacia el sur, esperando encontrarme en cualquier momento con Sherman McCoy, el colocador de bonos del tesoro de *La hoguera de las vanidades*, bajando de su cochazo negro, dándole las llaves al portero negro con librea roja y entrando en uno de estos portales entoldados. Voy de izquierda a derecha por Madison y la Quinta hasta acabar en Union Square. Deambulo un ratito por el campus de la Universidad de Nueva York y me tomo un cafecito en el

Starbucks. Mientras se enfría el condenado capuchino, me pongo con mi *Quijote* de un euro, la aventura de los batanes: intento controlarme para no estallar de risa pero no puedo, me parto con estos dos. «Miró también don Quijote a Sancho y viole que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que a la vista de Sancho pudiera dejar de reírse; y, como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa, de manera que tuvo necesidad de apretar las ijadas con los puños para no reventar riendo.»³ A la segunda carcajada me digo que he de tener cuidado también yo, aunque en mi caso se trata de no salpicar de babas a los de los *laptops* que tengo al lado. Me doy cuenta ahora de que Palomino es de la misma estirpe de Cervantes, por eso me parecen tan buenos sus libros, me llegan directos al corazón y a la cabeza al mismo tiempo y por la misma vía: la risa. Sólo que Cervantes es tan genial que resulta hasta peligroso: amenaza con llegar a reventarme de verdad. Con Palomino, que también provoca la risa en alto, no había llegado ni de lejos a percibir tan terrible amenaza: morir de la risa.

En la esquina de Broadway con la calle 12 entro en una gigantesca librería de segunda mano que me habían recomendado. Me paso toda la mañana, cuatro horas del tirón, en Strands, que así se llama la tienda y compraré cinco libros.

Lo primero que localizo, en un estante con la etiqueta “Sociology”, es el *Crossing* de Deirdre McCloskey, libro extraordinario que relata en primera persona la historia, loquísima y americana a más no poder, de Donald, un prestigioso profesor de economía e historia económica de la Universidad de Iowa en Des Moines. Conspicuo *Chicago boy* de cincuenta y tres años, Donald, que lleva treinta años de matrimonio con la madre de sus dos hijos, ya emancipados, decide un día, harto de tener que vestirse de mujer a escondidas, convertirse en Deirdre, alma perdidísima en el planeta de la lencería y los cosméticos. En mitad de un doloroso proceso de separación el autor de aquel famoso ensayo de filosofía y metodología de la ciencia económica que yo había leído con gran interés durante mi época doctoral⁴, es asediado por su hermana pequeña, profesora de psicología clínica en Harvard, que pretende inhabilitarle con la ayuda de una legión de abogados y psiquiatras. Hasta el último pelo de todo y de todos, Don/Dee, que además está empezando a arruinarse (su mujer no le deja rehipotecar la casa y recibe casi a diario en su buzón facturas hospitalarias de varios miles de dólares por sus operaciones

de cirugía estética), se esconde en casa de unas amigas. Una mañana llama por teléfono a su abuela, de 98 años, que cansada de vivir ha decidido suicidarse:

- «No sabes como te admiro, yaya, chica, es increíble que tengas valor para hacer una cosa así.»
- «Oh, no te preocupes por mí, cari. Soy yo la que está preocupada por ti. Donald, ¿de verdad piensas que debes hacer eso?»
- «Si, yaya, nunca había sido tan feliz como ahora.»
- «Tu hermana me dijo que estabas enfermo y yo me lo creí. Así que fui yo la que le di la pasta para que contratase ese abogado tan chulo de Chicago.»
- «Ya lo sé. No estoy enfermo yaya. Te quiero.»
- «Yo también te quiero, peque. Hasta siempre.»
- «Te quiero yaya.» [...] Aquella misma mañana la abuela se suicidó en el garaje con los gases del tubo de escape. Toda una vida marcada por el automóvil.»⁵

El segundo en caer lo encuentro muy cerquita, en los estantes de antropología: es el *Mambu* de Kennelm Burridge, otra de las inencontrables monografías clásicas sobre los cultos cargo melanesios publicada a principios de los 60. Resulta que había sido reeditada en 1995 por el servicio de publicaciones de la Universidad de Princeton. Gran alegría.

Subo a la planta de calle tras echar un vistazo preliminar a las baldas de divulgación científica. Busco algo muy concreto de historia de EE.UU.: el ensayo sobre la frontera de Frederick Jackson Turner, pero no lo tienen o no lo veo. Miro, por curiosidad, a ver qué tienen –si es que existe un apartado visible– de historia de *Spain*. Sí, hay cuatro baldas con mucho Henry Kamen, mucho Felipe II y Armada Invencible, mucha Guerra Civil y Brigada Lincoln, mucha... ¡defensa del Alcázar! Lástima que no está lo de Earl Hamilton sobre el tesoro de América y la gran inflación del XVI (la edición original es de la Harvard University Press, de 1934, nunca se me olvida). También hay uno de esos libros carísimos de la colección académica de Routledge en pasta dura sobre los ingleses que veranean en la Costa del Sol de Málaga y ¡coñó!, ¡pero si son dos ejemplares de *Iberia*, el monumental libro de viajes por España de Michener en la edición de 1968! Lo había visto citado por primera vez en la *Memoria breve de una vida pública* de Fraga y el pasado agosto encontré un ejemplar sin pastas en la biblioteca de

la Camareta, la última casita baja de la Playa de los Locos de Torrevieja. Así que al zurrón con él. Tercera víctima.

Vuelvo a bajar a la planta sótano para cobrar una cuarta pieza a la que ya le había echado el ojo antes. Se trata de una biografía de Keynes, *la* biografía de Keynes, la de Robert Skidelsky, cuya primera parte traducida por Alianza había leído cuando hacía la tesis. Esta es la edición de bolsillo de Penguin, publicada en 2003, en la que los tres tomos han sido comprimidos y extractados en un solo tocho. (Tengo que acordarme un día de mirar en el índice onomástico del final a ver si viene Germán Bernácer. Ya, pues no viene). Creo que ya está bien por hoy, debo andar por los 60 ó 70 dólares de gasto. Vale, venga, antes de pasar por caja a pagar, un último vistazo a la sección de divulgación científica, no me vaya a ir sin saludar a los *scientists*. Si tuvieran por ventura *ese* libro: según leí en algún sitio hace unos años Kari Mullis, el Nóbel de la PCR (*polymerase chain reaction*), el tipo aquél de Carolina del Norte que junto con la italiana Rita Levi Montalcini, también premio Nóbel, revolucionó las técnicas de ingeniería con ADN recombinante, había publicado una obrita fascinante donde, entre otras cosas reseñables, se atrevía a poner en duda, con todas las consecuencias que imaginarse puedan, el presunto “hecho científicamente probado” de que el llamado Virus de la Inmunodeficiencia Humana (VIH) es el causante de la enfermedad conocida como Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, el SIDA. Creo que el título del libro decía algo sobre el baile de los delfines, *Dancing with dolphins* o algo así, aunque a lo mejor lo confundo con *The Voice of the Dolphins* de Leo Szilard (¿o es de Gregory Bateson? Basta, basta, joder, apaga la radio.) Vaya cacao. Gracias a dios tienen los libros ordenados por orden alfabético. ¡Pero si es éste! Qué título hermoso: bailando desnudo en el campo de la mente (*Dancing Naked in the Mind Field*), por el doctor Kary Banks Mullis, premio Nóbel de química de 1993. En la foto de la portada sale un tipo en bañador con una tabla de surf en la mano que tiene un sorprendente parecido con Miles Crane, el hermano de Frazer, el psiquiatra de *Cheers*. Me gustaría regalárselo a mi hermano, pero no lee inglés, aunque a lo mejor al Magri le gustaría editarlo en castellano...

Cae así el quinto elemento en el Strands de la calle 12. Ya puedo irme a visitar el solar que dejó Mohammed Atta.

Por la tarde, de regreso de la punta sur de Manhattan, subo desde la salida del puente de Brooklin de nuevo por Broadway y vuelvo a encontrarme un Barnes & Noble. (Me doy cuenta de que me estoy comportando como un puto BoBo⁶: voy del Starbucks al Barnes & Noble y del Lincoln Center al Borders, cual burgués bohemio de pura raza. Muy neoyorkino todo, en cualquier caso). Aunque ya va uno cargadísimo y rendido de acarrear la mochila con los libros todo el largo paseo habrá que entrar a echar un vistazo ¿no? El calorcito del local es un buen cebo para entrar. (Lo del frío no quería ni mentarlo, aunque ya que lo he hecho daré como pista su nombre vernáculo: *artic chill*, ‘biruji’ del ártico). Vamos a ver si estuviera uno de esos incunables de la *niú gueif* (*new wave*, nueva ola) o la *niú eich* (*new age*, nueva era). Vuelvo a encontrarme con un viejo conocido: el ensayo sobre la España de hoy en día que había visto el día de antes. Ahora sí que me quedo con su cara: se titula *Ghosts of Spain*. El autor es un tal Tremlett, que es corresponsal de *The Guardian* en Madrid. Al mirar el índice me he fijado que tiene un capítulo sobre el milagro turístico, mi tema, así que, venga, te hojearé.

El capítulo tiene buena pinta: habla del antiguo Benidharim, del nuevo Hotel Bali y del incansable alcalde Pedro Zaragoza. ¡Si hasta salen mencionados los *hooligans* del FC Torrevieja, “The Torry Armi”! Mayor es la sorpresa cuando veo que cita una monografía sobre los expatriados británicos en la Costa del Sol. Debería ser la misma que tenían en Strands. Qué casualidad, a lo mejor debería haberle echado también un vistazo a aquello, ahora me remuerde la conciencia. Trazo mentalmente de inmediato un plan para el domingo por la mañana: tal vez tenga tiempo de darme otro paseíto hasta la calle 12 antes de tomar el taxi para el aeropuerto. Puff, qué pereza, ¡el puto vicio de la papirofagia! (Aunque no termino de fichar del todo bien esta última referencia bibliográfica en mi memoria –en particular, el nombre del autor se me queda en el limbo de los descriptores vagos: es una tía, creo, Katherine o algo– el título sale solo, por puro cálculo algebraico: British + Costa del Sol = *British in the Costa del Sol*. Completan la ficha fotográfica imaginaria estos datos: monografía antropológica; de la colección de los “caros académicos” de Sage o bien Routledge; pasta dura de color azul clarito que conozco bien porque el *Ethnomethodological Studies of Work* de Garfinkel y sus estudiantes está editado en esta misma colección.

Una vez que estos dos han quedado registrados, calculados y más o menos futuramente proyectados hacia el fondo de mi maleta de viaje, sigo hasta el fondo como la otra vez, a husmear por la parte de religión y filosofía. Ey, tú, pero si ya ha salido, ya está aquí, recién publicado: el largamente esperado (Grof lo citaba ya hace cinco años como “en preparación”) *Psyche and Cosmos* del Richard Tarnas, jesuítico, harvardiano, filósofo, psicólogo y astrólogo. El copón. Tarnas es el autor de *La pasión del pensamiento occidental*, una historia de la filosofía compactada desde la óptica jungiana que se vendió como churros en los *colleges* de EE.UU. a principios de los 90. Y también es, desde hace un par de décadas, el compinche astrológico de Stan Grof, un gurú de las terapias psiquedélicas y la psicología transpersonal, en uno de los itinerarios curriculares del plan de estudios del contraculturalmente legendario Instituto Esalen de Big Sur, California. Guau. Hace menos de un año me lo hubiese pillado sin pensarlo dos veces en Amazon. Lo que pasa es que ahora me coges en mal momento, Ricki, tron. Bueno, me voy a sentar en esta mesa a ver qué has escrito, hombre.

Umm. Sí. Ya. Vale. Me temo que no voy a aprender nada que no supiera, este parece un libro *demasiado* práctico –aunque esté mal que yo lo diga. Tal vez, al fin y al cabo, Tarnas no sea tan cauto y estudioso como yo había supuesto después de leer la *Pasión* y el *Prometheus the Awakener*, aquel “ensayo sobre el significado arquetípico del planeta Urano”. Pero también puede ser que esté ya muy saturado de tanta compra por hoy. Seguramente es esto último, pero no te va a valer como excusa, no hay trato por el momento. Además la edición es un *hardback* (pasta dura, para bibliotecas, catedráticos desahogados y bibliómanos cagaprisas) y sale por 26 dólares del ala. Esperar mejor a que salga en *paperback* (edición de bolsillo), no urge. No te compro, joven Tarnas.

Por vez primera me voy del Barnes’n Noble sin comprar nada, todo un logro, aunque aun me asaltará una última tentación de embrutecimiento lector antes de la cena. Fue al pasar por Park Avenue, cerca de la calle 50 y pico, de vuelta del teatro en el Lincoln Centre. (Por cierto que, justo enfrente de este famoso complejo de y para las artes escénicas (*performing arts*), se encuentra la sede neoyorkina de la iglesia mormona, coronada su torre como es costumbre por el angelito dorado que toca la trompetilla del juicio final. “Izzy Moroni”, le habrán apodado ya los *new yorkers*). Ocurrió que me salió al paso una sucursal de la librería Borders, la competencia de Barnes & Noble. Menos mal que a esas horas, noche cerrada ya, habían chapado. Da igual: a la tarde del

día siguiente subiré por Lexington para volver a buscar esta tienda que se me ha insinuado alevosamente y con nocturnidad.

Ahora estás abierta, ñam, ñam. Nueva señal ominosa referida al libro de Tarnas que vuelvo a desoír: algún fan que se quedó sin *cash* lo ha ido a esconder entre las obras de los filósofos que empiezan por la letra A (Adorno, Agamben, Anscombe, Arendt, Aristóteles) para que nadie se lo quite hasta que consiga la pasta y vuelva para casarnos. (El domingo, después de leer el capítulo sobre astrología, “Soy un capricornio”, del alucinante librito del Kari Mullis, volverá a encenderse en mí cabecita la llama esotérica. Pero ya será demasiado tarde: estoy en la sala de espera del aeropuerto JFK y el vuelo a Madrid va a despegar. Tal vez un día de estos volvamos a vernos en Amazon.com o en La Casa de Libro de Callao, Mr. Psique y Cosmos). Después de echar un vistazo a los DVDs, sección documentales, me dedico a inspeccionar con algún detenimiento, entre las baldas de sociología, una pequeña parte dedicada a mi *alma mater* subdisciplinaria, la sociología económica. Viviana Zelizer ha sacado nuevo libro. Qué gran mujer, es una de mis sociólogas favoritas: una profesora de origen argentino que ha acabado como *fellow* en el Instituto de Estudio Avanzado de Princeton, donde terminaron sus días Einstein y von Neumann. En el último curso de carrera descubrí su primer libro, buenísimo: *Life Insurance and Death in XIX America*, o algo así, de 1979, sobre el espanto cultural que supusieron las primeras ofertas comerciales de pólizas de seguro de vida en Norteamérica. Luego publicó otra investigación tremenda sobre la competencia en el mercado de las agencias que hacen de intermediarios en los procesos de adopción (*Pricing the Priceless Child*, 1981). Lo último que conocía suyo es un ensayo de 1985 titulado *Special Monies* (1985), también muy fino como todo lo que escribe ésta, sobre los diferentes tipos de dineros que distinguen mental y financieramente las amas de casa estadounidenses. Este que veo aquí y que ha salido en 2006 se llama *The Purchase of Intimacy*, que podía traducirse castizamente como *Sobre la compraventa de ‘roce’* y, por lo que dice en el prefacio, parece que es un estudio en el que se compara el matrimonio y la prostitución en tanto que instituciones económicas; o, más exactamente, una investigación sobre las cuentas del hogar como parte y parcela mayor del mercado del sexo. ¡Aguante, Viviana! Estoy tentado de regalárselo a AnaFátima para contrarrestar esa horrible tesis doctoral sobre las parejas de dobles ingresos que le compré hace poco en una librería que hay en la calle Martín Gamero de Toledo. (A la autora, una socióloga de la Universidad de

Oviedo, Sandra Mema creo que se llama, «habría que azotarla hasta que perdiera el sentido» como decía Ignatius Reilly de su novia, la petarda feminista de Myrna Minkoff). El problema con el libro de la Zelizer es que son doscientas cincuenta páginas del ala escritas en inglés y tamaño tamaño en lengua hostil tal vez la espante y no se lo lea... Debería regalármelo a mí mismo por lo menos, pero no ahora, sino dentro de unos años, pongamos para el 2010.

Un poco de contención, chalao, y basta ya por hoy, vamos, tirando que es gerundio. Tira pa'l Starbucks de la esquina a comprar la cena. Ceno la triste colación de todos los días –sandwich áspero, ensalada guarripé, *marble loaf*, que es una rebanada de bizcocho vicioso, y capuchino “grande”– despatarrado en el sillón del hotel mientras veo en la tele *Hogan Knows Best*, un *reality* sobre un mazas rubio entrado en años, un famoso de los programas de luchadores enmascarados, y su familia tronada. Un nuevo capítulo del Quijote –el yelmo de Mambrino, que también es bacía de barbero– me echa en brazos de Morfeo y vuelta a ser yerba hasta mañana.

* * *

La mañana del domingo pago la habitación y dejo el equipaje en recepción. Les pido que me reserven un taxi para la una del medio día. Son las diez, ergo tengo cuatro horitas para ir andando desde Lexington Av. con la 47 hasta el Strands de la calle 12, encontrar el libro sobre los turistas *british* en la Costa del Sol y, de vuelta, si me diese tiempo, pasarme por algún Barnes & Nobel que pueda haber en Broadway con la no se cuantitos, alguno quede cerca antes de aquel otro que pilla tan lejos, al noroeste de Central Park, para ver de agenciarme el *Ghosts of Spain*. Mi problema principal ahora es recordar en qué sección fue dónde vi el otro día el libro de la Karen esa, la antropóloga de Routledge-pasta dura-azul claro. ¿Dónde estaba, en la sección de antropología o en la de sociología? Bueno, en una de la dos estará, tampoco será muy difícil encontrarlo. Lo encuentro pero fijo, pues no se me dan bien ni nada estas empresas imposibles de bibliomanía de pacotilla.

El domingo por la mañana Strands abre a las once. Llego a menos cuarto y veo que las puertas están cerradas. Mierda, no me va a dar tiempo. Un grupito de enfermos de la celulosa impresa hacen ya cola ante la puerta esperando a que abran, parece que, como

ocurre en la Cuesta de Moyano de Madrid, los fanáticos de los libros trabajan sobre todo en domingo. (Debe haber algo curiosamente religioso en este fenómeno de la bibliomanía dominguera). Me doy una vuelta para hacer tiempo mientras y, siguiendo las indicaciones de mi guía de viajes, entro en otra librería cercana que ya ha abierto. East West Books se llama la tienda, pero duro poco adentro: mucho *mandala*, mucho *eneagrama*, mucha cábala y mucha psicología transpersonal. Este negociete ya me lo conozco y además ni siquiera tienen el buen gusto de ofrecerme, por tercera vez esta semana, el *Psique and Cosmos*. Al fin, oh Strands, has abierto, qué calorcito nos das a tus hijos. Bajo al sótano, pues mi primer candidato son los estantes de antropología. Recuerdo que primero di con el *Mambu* de Burridge y luego, un poco más allá, después de un libro de un tal Garfinkel (otro más en el gremio, qué familia) sobre imaginería de la danza a través de la arqueología neolítica (así como suena), debía estar el de la Katherine... Pues no está. Joder, joder. Tal vez esté después, pasada Margaret Mead, pero tampoco. Anatol Rappoport en Nueva Guinea –demasiado cafre, lo presiento– y, luego, no. Luego ya nada, siguen los volúmenes de formato extra grande. Bueno, que no cunda el pánico, seguro que lo vi en la parte de sociología entonces.

Por aquí, en primer lugar, mucho Bourdieu, aunque tampoco demasiado (luego el bearnés apaleado sigue de moda en las universidades pijas de América y sus traducciones son todavía “primera mano”). Luego libros a porrón sobre *The City and...*, veo también el que citaba Vicente Verdú en *El País* sobre una supuesta y supuestamente insurgente “clase creativa”, Frank Fantasia o Al Alegria o algo por el estilo es el autor, no me sale ahora. Ahí viene ya el *Acts of Compassion* de Robert Whutnow, algo del Maurice Zeitlin, viejo momio, y fin de la cosa. Tampoco están aquí los guiris al sol de Málaga. Entonces, ¿dónde lo vi? A lo mejor me equivoqué y el libro que había visto aquí no era el mismo que citaba Tremlett. O peor aun, puede que en los tres días que han pasado desde el jueves cuando estuve aquí, alguien me lo haya quitado. Otro gil puede habérselo comprado hace un par de días o hace sólo cinco minutos, qué rabia. Alguno de esos chalados quijoteros que hacían cola en la entrada ha podido ser, son capaces de todo. Eso me pasa por escatimar en el *shopping*: no sabes comprar, ya me lo decía mi queridísima esposa. Trata de consolarte: al menos, de vuelta, encontrarás el *Ghosts of Spain* en el dichoso Barnes’n Noble de Broadway con la tal-y-cual-pascual.

La Lonely Planet me trae buenas noticias al respecto: parece que debe haber una sucursal de B & N en la esquina noroeste de Union Square, al principio de Park Avenue, aquí al ladito vamos. En la esquina indicada están desmontando un circuito de *ice skate* en el que han estado haciendo demostraciones publicitarias, qué otra cosa sino, los virtuosos locales de la especialidad estos días. Más allá, Park Avenue comienza con un gran almacén de ropa femenina de marca. Ni rastro de libros. Retorna mi viejo rencor hacia las guías de viajes, ¡cómo he podido caer en la trampa de la que siempre había avisado a otros, depender de estos apaños, estas prótesis siempre desfasadas que niegan a quien las usa el derecho a tener una vida ordinaria plena! Me cago en la Lonely Planet, en los Barnes and Noble y en los Starbucks. Me cago en Nueva York. (La frecuentación de negocios BoBos, que me han hecho soportable el día a día en esta inmensa reserva de zombis –Starbucks, Borders, Lonely Planet, Barnes and Noble– me hizo olvidar que me esperan en otro sitio muy lejano que es también otro tiempo muy lejano, otro siglo. Pero ya recuerdo: Toledo). Ni un libro ni el otro. Me alivio en segundo instancia pensando que el libro del corresponsal inglés lo traducirán pronto al castellano si es que no lo han hecho ya. El otro, bueno, caerá fácil por Internet. No pasa nada.

El caso es que, mientras atravesaba Union Square, cuando iba viendo a lo lejos la silueta blanca de la pista de acrobacias sobre hielo, he comenzado a ver claro que el libro de pastas duras y azules de Routledge tal vez debería haberlo buscado también en la planta de arriba, porque pudiera ser que lo viese entre los de los hispanistas. ¡Claro que sí! ¡Todavía tiene que estar allí!

El libro estaba, está, en efecto, cinco después del otro ejemplar del *Iberia* de Michener que quedó tras mi anterior incursión. La autora se llama Katherine O'Reilly y es profesora de sociología en la Universidad de Aberdeen, en Escocia. El índice no está mal, el trabajo de campo ha tenido que ser metodológicamente muy sabroso en términos de explicabilidad y camuflaje cotidiano de la identidad investigadora («Vaya morro, ¿no?, vacaciones playeras pagadas con cargo a los fondos públicos de I+D», y cosas así). Este libro me lo voy a leer del tirón y además me va a venir muy bien para mis cosas sobre religión turística y pérdida económica. Qué feliz soy.

Paso ya de Nueva York, no Borders ni Barners ni Noblers, directo al hotel y que el conserje me llame un taxi para el aeropuerto.

* * *

Mientras espero, en la terminal informática para uso de los clientes que tienen en la recepción me alegra comprobar a través de Internet que no me equivocaba con el libro de Tremlett que me he dejado en el tintero: ya existe traducción castellana a la venta, y además resulta que es el libro cuya crítica había leído en el *Bobelia* la semana antes de venirme para aquí. Han traducido el título como *España ante sus fantasmas*, está bien. Me acuerdo que el crítico –quienfuera– se cebaba un poco con una confesión bastante inocente que hacía el autor al hilo de una referencia al papel de los enchufes en la vida española (al parecer se había servido de algún contacto periodístico para ahorrarse esperas en la instalación del gas ciudad en su domicilio madrileño). Bueno, me lo compraré en Madrid. Antes de volar hacia Nueva York, me había despedido definitivamente de la ciudad en la que he vivido los últimos trece años al salir de un cine de Martín de los Heros de ver una peli que me impactó, *El gran silencio* (Philip Gröning, 2005), un documental de cuatro horas sobre la vida, rutinaria y plena, en un monasterio cartujo en los Alpes. A los pocos días de volver me regalé el *España ante sus fantasmas*: tuvo que ser en Fuentetaja, la librería de la calle San Bernardo que me recibió cuando llegué. Inmediatamente después lo dejé casi todo y huí a Toledo. Me instalé en una celda contigua a uno de los muros exteriores del seminario mayor de la ciudad monasterio y viví allí dentro mi propio documental silencioso durante año y medio. Asediado por la calor de agosto, el barrunto de la luna llena me hizo subir una noche a la peña que allí llaman ‘del rey moro’. Erguido sobre el padre Tajo, de pie frente a la esbelta catedral crecida a la vera del Alcázar, no corría ni una brizna de aire. Perdido entre las sombras de la carretera del valle, contemplaba Toledo desde lo alto y en el instante eterno alcancé a oír el leve ronroneo del disco duro del cosmos defragmentando la gran explosión. Alejábase todo.